

LIBRO NOVENO

SUPREMA SOMBRA, AURORA SUPREMA

I

PIEDAD PARA LOS DESDICHADOS, PERO INDULGENCIA
PARA LOS DICHOSOS

¡ Es una cosa terrible el ser feliz ! ¡ Cómo se contenta uno con esto ! ¡ Cómo cree que nada más necesita ! ¡ Cómo, hallándose en posesión del falso objeto de la vida, la dicha, se olvida del objeto verdadero, el deber !

Digámoslo sin embargo, no habría razón para acusar á Marius.

Ya lo hemos explicado : ántes de su casamiento, Marius no había dirigido pregunta ninguna al señor Fauchelevent, y despues, había temido dirigírselas á Juan Val-

jean. Sintió la promesa á la cual se habia dejado llevar. Se dijo y se repitió muchas veces á sí mismo, que habia hecho mal en otorgar tamaña concesion al desesperado. Habíase limitado á ir alejando poco á poco de su casa á Juan Valjean, y á borrarle cuanto le fuera posible en el espíritu de Coseta; colocándose él siempre en cierto modo entre Coseta y Juan Valjean, seguro de que de esta manera ella no le vería y no pensaría siquiera en que dejaba de verle. Esto era más que borrarle, era eclipsarle.

Obrando así, Marius hacía lo que él juzgaba necesario y justo. Creía tener, para alejar á Juan Valjean, sin dureza, pero sin debilidad, ciertas razones muy serias que se han visto ya, y otras que se verán más adelante. La casualidad hizo que se encontrara, en un proceso que él habia defendido en el foro, con un antiguo dependiente de la casa Laffitte, y sin que él las buscara, tuvo por este conducto ciertas noticias misteriosas que, á la verdad, no pudo profundizar, por respeto á aquel mismo secreto que habia él prometido guardar, y por consideraciones también á la peligrosa situacion de Juan Valjean. Y aún creía él, en este momento, tener un gravísimo deber que cumplir: la restitucion de los seiscientos mil francos á alguna persona á quien buscaba con la mayor discrecion posible. Entre tanto, se abstenia de tocar á aquel dinero.

Por lo que hace á Coseta, no se hallaba iniciada en ninguno de estos secretos; pero no por eso sería ménos duro el condenarla, á ella también.

De Marius á ella existía un magnetismo omnipotente, que la obligaba á hacer, por instinto y casi maquinalmente, todo cuanto Marius deseaba que hiciera. Así que ella sentía, con respecto al «señor Juan,» una voluntad de Marius; y se conformaba á esta voluntad. Nada habia tenido que decirle su marido; ella recibía la presion vaga, pero clara, de sus tácitas intenciones, y

obedecía ciegamente. Su obediencia en esta parte consistía en no acordarse de lo que Marius olvidaba. Ningun esfuerzo tenia ella que hacer para esto. Sin que ella misma supiera por qué, y sin que haya de qué acusarla, su alma habia venido á ser de tal manera el alma de Marius, que todo lo que se cubria de sombra en el pensamiento de su marido se oscurecía al instante en su propio pensamiento.

No vayamos sin embargo demasiado léjos; en lo que concierne á Juan Valjean, este olvido y esta indiferencia no eran sino superficiales. Estaba más bien aturdida que olvidosa. En el fondo, queria ella siempre mucho á aquel á quien habia llamado padre durante tanto tiempo. Pero amaba aún más á su marido. Esto es lo que habia falseado un poco la balanza de su corazon, que sólo se inclinaba á un lado.

Á veces sucedía que Coseta hablaba de Juan Valjean y mostraba grande extrañeza. Entónces Marius la tranquilizaba: Está ausente, segun creo. ¿No dijo que iba á hacer un viaje? — Es verdad, decía Coseta. Él acostumbraba á hacer así de esas desapariciones. Pero nunca tardaba tanto. Dos ó tres veces envió ella á Nicolette á informarse en la calle de l'Homme-Armé si el señor Juan habia vuelto de su viaje. Juan Valjean hizo responder que no.

Coseta no preguntó ya más, no teniendo sobre la tierra sino una necesidad, Marius.

Diremos también que, á su vez, Marius y Coseta habian estado ausentes. Habian ido á Vernon. Marius habia llevado á Coseta á visitar la tumba de su padre.

Marius habia ido sustrayendo poco á poco á Coseta de la influencia moral de Juan Valjean; y Coseta habia dejado obrar insensiblemente.

Por lo demas, lo que suele llamarse, con demasiada

dureza en ciertos casos, la ingratitud de los niños. no siempre es una cosa tan vituperable como se cree. Es la ingratitud de la naturaleza. La naturaleza, lo hemos dicho ya en otra ocasion, « mira siempre hácia delante. » La naturaleza divide los séres vivientes en los que llegan y en los que se van. Los que se van están vueltos hácia la sombra, los que llegan hácia la luz. De aquí un desvío que, con respecto á los viejos, es fatal, y con respecto á los jóvenes, involuntario. Este desvío, insensible al principio, se acrece lentamente como sucede en toda separacion de ramas. Sin desprenderse del tronco, estas se alejan de él. Ellas no tienen culpa ninguna. La juventud va allí donde está la alegría, á las fiestas, á las vivas claridades, á los amores. La ancianidad marcha hácia el término de su carrera. No se pierden de vista, pero ya no hay ligazon. Los jóvenes sienten el enfriamiento de la vida; los ancianos el de la tumba. No acusemos á estos pobres niños.

II

ÚLTIMAS PALPITACIONES DE LA LÁMPARA SIN ACEITE

Un día bajó Juan Valjean la escalera de su casa, dió tres pasos en la calle, se sentó sobre un guardacanton, sobre aquel mismo en que Gavroche le habia encontrado cavilando en la noche del 5 al 6 de Junio; permaneció allí algunos minutos, y despues volvió á subir á su habitacion. Esta fué ya la última oscilacion del péndulo. Al otro día, no salió de su casa. Al siguiente, no salió de la cama.

Su portera, que era quien le preparaba su pobre comida, la cual consistia en algunas coles ó algunas patatas con un poco de tocino, miró á su plato de barro vidriado, y exclamó :

- ¡ Pero usted no comió ayer, mi pobre buen señor !
- Sí tal, respondió Juan Valjean.
- El plato está enteramenté lleno.

— Mire usted el jarro del agua, y verá que está vacío.

— Eso prueba que usted ha bebido; pero no prueba que haya usted comido.

— Y bien, repuso Juan Valjean, ¿si no he tenido hambre sino de agua?

— Eso se llama sed, y cuando no se come al mismo tiempo, eso se llama calentura.

— Mañana comeré.

— Ó por la Trinidad. ¿Y por qué no comer hoy? Es que se dice por ventura: ¡Mañana comeré! ¡Dejarme ahí todo mi plato sin tocarle! ¡Mis patatitas que estaban tan buenas!

Juan Valjean tomó la mano de la anciana:

— La prometo á usted que las comeré, la dijo en tono benévolo.

— No estoy contenta de usted, respondió la portera.

Juan Valjean no veía á otra criatura humana que á aquella buena mujer. Hay en París calles por donde nunca pasa nadie, y casas adonde nadie va nunca tampoco. Él se hallaba en una de esas calles y en una de esas casas.

En el tiempo en que él salía aún, había comprado á un calderero, por algunos sueldos, un pequeño crucifijo de cobre que colgó en un clavo frente á su cama. Ese suplicio es siempre bueno tenerle á la vista.

Una semana transcurrió sin que Juan Valjean diera un paso en su cuarto; permaneciendo siempre acostado. La portera decía á su marido:

— El buen hombre de arriba no se levanta ya, no come ya, no durará mucho. Se conoce que tiene pasión de ánimo. Á mí no hay quien me quite de la cabeza que su hija no ha hecho buen casamiento.

El portero replicó con el acento de la soberanía marital:

— Si es rico, que haga llamar al médico. Si no es rico, que no le haga llamar. Si no tiene médico, morirá.

— ¿Y si le tiene?

— Morirá, dijo el portero.

La portera se puso á escarvar con un cuchillo viejo la yerba que brotaba en lo que ella llamaba su empedrado, y, sin dejar de arrancar yerba, refunfuñaba entre sí:

— Es lástima. ¡Un viejo que es tan limpio! Es blanco como un pollo.

Á este tiempo distinguió en el extremo de la calle á un médico del barrio que á la sazón pasaba por allí; y tomó sobre sí la responsabilidad de rogarle que subiera.

— Es en el piso segundo, dijo ella al médico. No tiene usted más que entrar. Como el buen hombre no se mueve ya de su cama, la llave está siempre en la puerta.

El médico vió á Juan Valjean y le habló.

Cuando volvió á bajar, la portera le interpeló:

— ¿Y bien, doctor?

— El enfermo está bastante enfermo.

— ¿Qué es lo que tiene?

— Todo y nada. Es un hombre que, según toda apariencia, ha perdido una persona querida. Eso suele ocasionar la muerte.

— ¿Qué le ha dicho él á usted?

— Me ha dicho que está bueno.

— ¿Volverá usted, doctor?

— Sí, respondió el médico. Pero sería menester que volviera otra persona que yo.

III

EL QUE LEVANTÓ LA CARRET A FAUCHE LEVENT HALLA PESADA UNA PLUMA

Una noche tuvo Juan Valjean mucho trabajo para so-
liviarse apoyado en un codo; se tomó la mano, y no se
halló el pulso; su respiración era corta y se detenía por
instantes; reconoció que estaba más débil de lo que se
había el sentido nunca. Entonces, sin duda bajo la pre-
sión de alguna preocupación suprema, hizo un esfuerzo,
se sentó sobre la cama y se vistió. Se puso su antiguo
traje de obrero. Como ya no salía, había vuelto á él, y le
daba la preferencia sobre otra ropa cualquiera. Tuvo que
interrumpirse varias veces, al vestirse; sólo para pasar
las mangas de la chaqueta, le corría el sudor de la frente.

Desde que se hallaba solo, había puesto su cama en la
antesala, á fin de habitar lo ménos posible aquel cuarto
desierto.

Abrió la maletita, y sacó de ella el ajuar de Coseta.
Le extendió sobre su cama.

Los candeleros del obispo estaban en su sitio, sobre la
chimenea. Tomó de un cajón dos velas de cera y las co-
locó en los candeleros. En seguida, bien que aún fuese de
día muy claro, era en verano, las encendió. A veces se
ven así en mitad del día hachas encendidas, en las habi-
taciones donde hay muertos.

Cada paso que daba yendo de uno á otro mueble le
extenuaba, y se veía obligado á sentarse. No era este ya
el cansancio ordinario que gasta las fuerzas para renova-
rías; era el resto de los movimientos posibles; era la
vida agotada que se destila en molestos y fatigosos es-
fuerzos que no se recomenzarán.

Una de las sillas en que él se dejó caer estaba colocada
delante del espejo, tan fatal para él, tan providencial para
Marius, donde había leído él en la cartera de Coseta el bor-
rador de su carta. Se vió en aquel espejo, y no se recono-
ció. Tenía ochenta años; ántes del casamiento de Marius,
apenas le habrían dado cincuenta. Este año había contado
por treinta. Lo que tenía él en la frente, no eran ya las ar-
ugas de la edad, sino la marca misteriosa de la muerte.
Distinguíase allí el ahondamiento de la uña implacable.
Sus mejillas estaban colgando; el cutis de su rostro presen-
taba ese color que haría creer que hay ya tierra sobre él;
las dos extremidades de la boca descendían como en esa ca-
reta que los antiguos esculpían sobre las tumbas; miraba el
vacío con cierto ademán de reproche; diríase uno de esos
grandes seres trágicos que tienen que quejarse de alguién.

Hallábase en esta situación, la postrera fase del abati-
miento, en que el dolor ya no corre, estando por decirlo
así coagulado, y formándose en el alma como unos cuaja-
rones de desesperación.

Ya era de noche. Arrastró penosamente una mesa y el

sillon viejo junto á la chimenea, y puso sobre la mesa una pluma, tinta y papel.

Hecho esto, sufrió un desmayo. Cuando recobró el conocimiento, tenía sed. No pudiendo levantar el jarro del agua, le inclinó con mucho trabajo hácia su boca, y hebió un sorbo.

Después se volvió hácia la cama, y, siempre sentado, pues no podía estar de pié, se puso á mirar el vestidito negro y todos aquellos queridos objetos.

Duraban estas contemplaciones horas enteras, que á él le parecían minutos. De improviso experimentó un estremecimiento, sintió que le iba dando frío; apoyóse de codos en la mesa, que alumbraban los candeleros del obispo, y tomó la pluma.

Como hacía ya mucho tiempo que ni la pluma ni la tinta habían servido, los picos de la pluma estaban torcidos, la tinta estaba seca, le fué preciso levantarse y echar algunas gotas de agua en el tintero, lo que no pudo hacer sin detenerse y sentarse dos ó tres veces, y se vió obligado á escribir con el dorso de la pluma. De vez en cuando se limpiaba el sudor de la frente.

Su mano temblaba. Y se puso á escribir muy despacio algunas líneas. Hélas aquí:

« Coseta, yo te bendigo. Voy á explicarte. Tu marido ha »
 » tenido razon para hacerme comprender que debíairme; »
 » sin embargo, hay algun error en lo que él ha creído, »
 » pero ha tenido razon. Él es un excelente sugeto. Amale »
 » siempre mucho cuando yo haya muerto. Señor Pont- »
 » mercy, ame usted siempre bien á mi niña muy amada. »
 » Coseta, se hallará este papel, hé aquí lo que quiero avi- »
 » sarte; vas á ver los números, si tengo fuerza para recor- »
 » darlos, escucha bien lo que voy á decirte, ese dinero es »
 » muy tuyo. Hé aquí toda la historia: El azabache blanco »
 » viene de Noruega, el azabache negro viene de Inglaterra,

» las cuentas de vidriería negra vienen de Alemania. El »
 » azabache es más ligero, más precioso, más caro. En »
 » Francia pueden hacerse imitaciones, como en Alemania. »
 » Se necesita un yunque pequenito, una bigornia de dos »
 » pulgadas en cuadro, y una lámpara de espíritu de vino »
 » para ablandar la cera. En otro tiempo se hacía la cera »
 » con resina y negro de humo, y costaba á cuatro francos »
 » la libra. Yo he imaginado hacerla con goma laca y tre- »
 » mentina. No cuesta más de treinta sueldos, y es mejor. »
 » Las hebillas se hacen con un vidrio morado que se pega »
 » por medio de esta cera sobre una pequeña armazon de »
 » hierro negro. El vidrio debe ser morado para las joyas »
 » de hierro y negro para los joyas de oro. La España »
 » compra mucho de esto. Es el país del azabache... »

Al llegar aquí se interrumpió, la pluma cayó de sus dedos, avinóle uno de esos sollozos desesperados que por momentos ascendian de las profundidades de su alma, el desdichado apoyó su cabeza en ambas manos, y quedó como soñando.

— ¡Oh! exclamó en el interior de su espíritu (gritos lamentables, que solo Dios oye), es asunto terminado. Ya no volveré á verla. Era una sonrisa que ha pasado sobre mí. Voy á entrar en la noche sin volver á verla siquiera. ¡Oh, ¡un minuto, un instante, oír su voz, tocar á su vestido mirarla, á ella, al ángel! ¡y después, morir! Morir no es nada; lo que es horrible, es morir sin verla. Y ella me sonreiría y me diría una palabra. ¿Es que esto haría mal á nadie? No, concluyó, jamás! Vedme aquí ya solo. ¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio! ¡ya no volveré á verla jamás!...

En este momento llamaron á la puerta.

IV

BOTELLA DE TINTA QUE NO CONSIGUE MÁS QUE BLANQUEAR

Aquel mismo día, ó por mejor decir, aquella misma noche, al levantarse Marius de la mesa, para retirarse á su gabinete, donde tenía un legajo que examinar, Basque le había entregado una carta diciéndole La persona que ha escrito la carta está en la antesala.

Coseta había cogido el brazo del abuelo y daba una vuelta por el jardín.

Una carta puede, lo mismo que un hombre, tener malas trazas. Papel ordinario, pliegues groseros, sólo al verlas, ciertas misivas desagradan. La carta que había traído Basque era de esta especie.

Marius la tomó, y sintió que olía á tabaco. Nada es tan á propósito como un olor para despertar un recuerdo. Marius reconoció aquel tabaco. Miró el sobrescrito: *Al señor baron Pommerci. En su hotel.* Una vez conocido el tabaco,

no le fué difícil reconocer también la letra. Podría decirse que el asombro despide ciertos resplandores. Marius fué como iluminado por uno de estos vivos relámpagos.

El olfato, este misterioso auxiliar de la memoria, acababa de hacer revivir en él todo un mundo. Era aquel, en efecto, el mismo papel, la misma manera de cerrar la carta, el mismo color pálido y blanquizco de la tinta; era sin duda la letra que él conocía, sobre todo, aquel era el inolvidable olor á tabaco. Aparecíasele allí al vivo el desvan de los Jondrette.

Así pues, extraño capricho de la casualidad! una de las dos huellas que tanto había él buscado, aquella por la cual había hecho aún últimamente tantos esfuerzos, y que creía él ya perdida para siempre, venía á ofrecérsele ella misma.

Abrió con avidez la carta, y leyó:

« Señor baron,

« Si el Sér Supremo me hubiera dado los talentos necesarios, habría yo podido ser el baron Thenard miembro del Instituto (academia de ciencias), pero no lo soy. Solamente tengo el mismo nombre que él, y me contemplaré dichoso si este recuerdo me recomienda á la excelencia de sus bondades de usted. El acto benéfico con que usted me onrará será recíproco; yo me hallo en posición de un secreto que consierne á cierto individuo. Y este individuo le concierne á usted. Tengo el secreto consabido á la disposición de usted, deseando tener el honor de serle útil. Yo le daré á usted el medio sencillo de arrojar de nuestra honorable familia ese individuo que no tiene derecho á estar en ella, siendo la señora varonesa de alto nacimiento. El santuario de la virtud no podría coabitar por más tiempo con el crimen sin abdicar.

« En la antesala espero las órdenes del señor baron.
» Con respeto
La carta se hallaba firmada. » THÉNARD. »

Esta firma no era falsa. Sólo que estaba un poco abreviada.

Por lo demás, ese baturrillo y esta ortografía acababan de completar la revelación. La certificación de origen era evidente. No cabía la menor duda acerca de la procedencia de la tal carta.

La emoción de Marius fué profunda. Después de movimiento de sorpresa, tuvo un movimiento de dicha. Ahora ya no le faltaba más que hallar al otro hombre á quien buscaba, el que le había salvado á él, á Marius, y nada tendría ya que desear.

Abrió una gaveta de su escritorio, sacó de ella algunos billetes de banco, se los guardó en el bolsillo, volvió á cerrar el escritorio, y tiró de la campanilla. Basque entreabrió la puerta.

Hágale usted entrar, dijo Marius.

Basque anunció :

— El señor Thénard.

Un hombre entró.

Nueva sorpresa para Marius. El hombre que entró le era enteramente desconocido.

Era este un viejo de grandes narices, con la barba enterrada en la corbata, anteojos verdes con doble traga luz de tafetan verde sobre los ojos, el pelo alisado y aplastado sobre la frente al nivel de las cejas como la peluca de los cocheros ingleses de high life. Tenía el pelo gris. Iba vestido de negro, de piés á cabeza, de un negro muy raído, pero aseado ; un manojo de colgajos que le salía del bolsillo del chaleco daba á entender que allí se albergaba un lerojo. Llevaba en la mano un sombrero viejo. Andaba

corcovado, aumentando además la curvatura de su dorso con sus profundos saludos y cumplidos.

Lo que á primera vista chocaba desde luego, era que el frac de este personaje, demasiado ancho, aunque cuidadosamente abotonado, no parecía haber sido hecho para él. Y aquí creemos necesaria una corta digresión.

Había en París, en aquella época, en un casuchon viejo y lóbrego de la calle de Beautreillis, junto al Arsenal, un judío ingenioso cuya profesión consistía en transformar á un bribon en hombre de bien. No por mucho tiempo, pues esto habria podido ser tal vez molesto y perjudicial al bribon. Este cambio se hacia á la vista, por un dia ó dos, á razon de treinta sueldos cada dia, mediante un traje tan parecido como fuese posible al que suelen llevar las personas decentes y honradas. Aquel alquilador de trajes se llamaba *el Cambista*, los rateros de París le habían bautizado con este nombre, y no le conocian otro. Poseia un vestuario bastante completo. Los arambeles con que él disfrazaba á las gentes eran casi llevaderos. Tenia sus especialidades y categorías; de cada clavo de su almacen pendia, usada y ajada, una condicion social ; aquí el traje de magistrado, allí el hábito de eclesiástico, allá el frac de banquero, en un rincon, la casaca de militar retirado, en otro sitio las ropas de literato, más lejos las vestiduras de hombre de Estado. Aquel judío era el alquilador de trajes del inmenso drama que la pillería representa en París. Su misero tabuco eran los bastidores escénicos de donde salia el robo y en donde entraba la estafa. Un truhan desarrapado llegaba á aquel vestuario, depositaba allí treinta sueldos, y escogia, segun el papel que queria representar aquel dia, el traje que le acomodaba, y, al bajar por aquella escalera, el truhan parecia ya á alguien. Al dia siguiente eran devueltos fielmente aquellos atavíos, y el Cambista,

que todo lo confiaba á los ladrones, jamas era robado. Estas vestimentas ofrecian un inconveniente, que «no iban bien,» como que no habian sido hechas para las personas que las llevaban; siendo anchas para unos, estrechas para otros, cortas para éste, largas para aquel, y no adaptándose bien á ningun cuerpo. Todo ratero que discrepaba del término medio de la estatura humana, por demasiado alto ó demasiado bajo, se hallaba mal envuelto en los trajes del Cambista. Era preciso tambien no ser demasiado grueso ni demasiado delgado. El Cambista no habia previsto sino los hombres ordinarios. Habia él tomado medida á la especie en la persona del primer tunante que se le presentó, el cual no era grueso, ni delgado, ni alto, ni bajo. De aquí ciertas adaptaciones á veces dificiles con las cuales se arreglaban como podian los parroquianos ó clientes del Cambista. ¡Tanto peor para las excepciones! El frac de hombre de Estado, por ejemplo, negro de arriba abajo, y por lo tanto, muy decente, habria sido demasiado ancho para Pitt y demasiado estrecho para Castelcicala. El traje de *hombre de Estado* se hallaba designado del modo siguiente en el catálogo del Cambista; copiamos literalmente: «Un frac de paño negro, un pantalon de cuero de lana negro, un chaleco de seda, botas y ropa blanca.» En el márgen se leia: *Antiguo embajador*, y ademas tambien habia allí una nota que transcribimos igualmente al pié de la letra: «En una caja, por separado, una peluca bien limpia y rizada, anteojos verdes, un juego de joyitas colgantes para el reloj de faltriquera, y dos cañoncitos de pluma, de una pulgada de largo, envueltos en algodón.» Todo esto pertenecia á la vestimenta del hombre de Estado, antiguo embajador. Este traje estaba, si es licito hablar así, extenuado; las costuras blanqueaban, un ojal se entreabria vagamente en uno de los codos; ademas, fal-

taba al frac un boton en el pecho; pero esto no pasa de ser un detalle sin trascendencia, puesto que la mano del hombre de Estado debe ir siempre aplicada al frac, y sobre el corazon, llevando así la discreta mision de ocultar el boton ausente.

Si á Marius hubiera sido familiar el conocimiento de las instituciones ocultas de París, al momento habria él reconocido, sobre los hombros del visitante que Basque acababa de introducir, el frac de hombre de Estado descolgado del clavo del Cambista.

El chasco de Marius al ver entrar á un hombre distinto del que él esperaba recibir, tornó en desgracia para el recién venido. Le examinó de piés á cabeza, mientras que el personaje se inclinaba desmesuradamente, y le preguntó en un tono seco y breve:

— ¿Qué quiere usted?

El hombre respondió con un rictus amable del cual podria dar alguna idea la cariñosa sonrisa de un cocodrilo:

— Me parece imposible que no haya yo tenido ya el honor de ver al señor baron en el mundo. Y aún creo muy bien haberle encontrado particularmente, hace algunos años, en casa de la señora princesa Bagration y en los salones de su señoría el vizconde Dambray, par de Francia.

Es siempre una táctica excelente, en bellaquería, el fingir así que se reconoce á quien no se conoce absolutamente.

Marius prestaba la mayor atencion á las palabras de aquel hombre. Espiaba sin cesar el acento y los gestos; pero su chasco ó contrariedad iba en aumento; era una pronunciacion gangosa, absolutamente distinta del sonido de voz acre y seco que él esperaba oir. Hallábase completamente desorientado.

— No conozco, dijo, ni á la señora Bagration, ni al señor Dambray. No he puesto en mi vida los piés en casa de la una ni del otro.

La respuesta era áspera. El personaje, mostrando, á pesar de todo, su graciosa sonrisa, insistió.

— ¡Pues entónces será en casa de Chateaubriand donde habré visto al señor baron! Yo conozco mucho á Chateaubriand. Es muy afable. Algunas veces me dice: Thenard, amigo mio, ... ¿es que no beberá usted una copita conmigo?

La frente de Marius aparecía cada vez más severa:

— Yo no he tenido nunca el honor de ser recibido en casa de Chateaubriand. Abreviemos. ¿Qué es lo que usted quiere?

Ante la voz más dura de Marius, el hombre saludó en voz más baja.

— Señor baron, dijo al fin, dignese usted escucharme. En América, en un país que está al lado de Panamá, hay un pueblecito que se llama la Joya. Aquel lugarcito se compone de una sola casa. Es una casa grande, cuadrada, de tres pisos, de adobes, ó sea, de ladrillos cocidos al sol, cada lado del cuadrilátero tiene quinientos piés de largo, cada piso se retira internándose doce piés sobre el piso inferior, en términos que deja de frente una azotea que da vuelta al edificio; en el centro hay un patio interior donde están las provisiones y las municiones, en vez de ventanas, unas troneras, en vez de puerta, unas escalas, escalas para subir desde el suelo á la primera azotea, y desde esta á la segunda, y desde esta á la tercera, escalas para bajar al patio interior, en vez de puertas en las habitaciones, trampas, en vez de escaleras en las viviendas, escalas también, siempre escalas; por la noche, cierran las trampas ó escotillones. retiran las escalas, asestan trabucos y carabinas en las

troneras; no hay medio de entrar allí; una casa de día, una ciudadela de noche, ochocientos habitantes; hé aquí lo que es aquel lugarcito. ¿Y por qué tantas precauciones? Porque aquel país es pel goso; está lleno de antropófagos. Y entónces, ¿por qué van allí las gentes? porque aquel país es maravilloso; abunda allí el oro.

— ¿Adónde quiere usted ir á parar con todo eso? interrumpió Marius, quien iba pasando ya de la contrariedad á la impaciencia.

— Á esto, señor baron. Yo soy un antiguo diplomático abrumado de cansancio. La antigua civilizacion me ha dejado exhausto. Quisiera ensayar la vida salvaje.

— ¿Y qué más?

— Señor baron, el egoísmo es la ley del mundo. La aldeana proletaria que trabaja á jornal se vuelve cuando oye pasar la diligencia; la aldeana propietaria que trabaja en su campo no se vuelve. El perro del pobre ladra al rico, el perro del rico ladra al pobre. Cada cual para sí. El interes, hé aquí el fin que se proponen todos los hombres. El oro, hé aquí el verdadero iman.

— ¿Y qué más? acabe usted.

— Quisiera yo ir á establecerme en la Joya. Somos tres. Tengo mi esposa y mi hija, una muchacha que es muy linda. El viaje es largo y caro. Necesito algun dinero.

— ¿Y qué tengo yo que ver con todo eso? preguntó Marius.

El desconocido alargó el cuello sacándole de su corbata, gesto propio del buitre, y replicó con un redoble de sonrisa:

— ¿Es que el señor baron no ha leído mi carta?

Casi era esto verdad. El hecho es que el contenido de la epístola habia pasado para Marius desapercibido. Habia visto la letra más bien que leído la carta. Apenas

si se acordaba ya de ella. Hacia un momento acababa de recibir otra impresion que le dió un nuevo alerta. Habia notado este detalle : mi esposa y mi hija. Y fijaba sobre el desconocido una mirada penetrante. Un juez de instruccion no habria mirado más atento ni con más intereses. Casi le espía y le acechaba. Y se limitó á responderle :

— Precise usted.

El desconocido introdujo ambas manos en los bolsillos de su chaleco, levantó la cabeza sin enderezar más su espina dorsal, pero escudriñando á su vez á Marius con la verde mirada de sus gafas.

— Está bien, señor baron. Precisaré los hechos. Tengo un secreto que revelar... que vender á usted.

— ¿ Un secreto ?

— Un secreto.

— ¿ Que me concierne ?

— Un poco.

— ¿ Cuáles ese secreto ?

Sin dejar de escucharle, Marius examinaba cada vez más á aquel hombre.

— Comenzaré gratis, dijo el desconocido. Ya verá usted cómo soy interesante.

— Hable usted.

— Señor baron, usted tiene en su casa un ladron y un asesino.

Marius se estremeció.

— ¿ En mi casa ? no, dijo.

El desconocido, imperturbable, cepilló con el codo su sombrero, y prosiguió :

— Asesino y ladron. Haré observar á usted, señor baron, que yo no hablo aquí de hechos antiguos, atrasados, caducos, que pueden ser borrados por la prescripcion ante la ley y por el arrepentimiento ante Dios. Hablo de

hechos recientes, de hechos actuales, de hechos ignorados aún á estas horas por la justicia. Continúo, pues. Este hombre se ha insinuado en su confianza de ustedes, y casi en su propia familia, bajo un nombre supuesto. Yo voy á decir su verdadero nombre. Y se lo voy á decir por nada.

— Ya estoy escuchando.

— Se llama Juan Valjean.

— Lo sé.

— Voy á decir á usted, tambien por nada, sin interes ninguno, quién es él.

— Diga usted.

— Es un antiguo presidiario.

— Lo sé.

— Lo sabe usted desde que yo he tenido el honor de decírselo.

— No. Ya lo sabia yo ántes.

El tono frio de Marius, esta doble réplica *lo sé*, su cononismo refractario al diálogo, excitaron en el desconocido alguna ira sorda. Y lanzó á hurtadillas sobre Marius una mirada furiosa, que procuró retirar al instante. Por más que fuera ella rápida en extremo, esta mirada era de aquellas que se reconocen cuando ya se han visto una vez; y no escapó á la atenta observacion de Marius. Ciertos reflejos no pueden venir sino de ciertas almas; la pupila, esta lumbrera del pensamiento, se inflama con ellos; los anteojos no ocultan nada; pongan ustedes pues vidrieras al infierno.

El desconocido repuso sonriendo :

— Yo no me permitiré desmentir al señor baron. En todo caso, usted deberá observar que estoy bien informado. Ahora, lo que tengo que revelar á usted no es conocido sino de mí solamente. Esto interesa á la fortuna de la señora baronesa. Es un secreto extraordinario. Esta